

LA FUERZA POSITIVA DE LA LITURGIA DEL VATICANO II. A CASI 50 AÑOS DE SACROSANCTUM CONCILIIUM

THE POSITIVE FORCE OF VATICAN II LITURGY: AT NEARLY 50
YEARS OF *SACROSANCTUM CONCILIIUM*

Guillermo Rosas¹

Universidad Católica de la Santísima Concepción. Concepción-Chile

Resumen

En la cercanía del 50^o aniversario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium* (4 diciembre 1963), el autor reflexiona, desde su convicción personal de la fuerza positiva que la liturgia reformada ha ejercido en la Iglesia, sobre algunos temas de fondo. La ocasión la da el clima de interés y de discusión que se advierte en los últimos años en torno a la liturgia. Intenta ir a los fundamentos que están en juego, a nivel teológico y humano, a las preguntas y debates que se dan en torno a la liturgia, y buscar luces que permitan superar las visiones contrapuestas. Ellos son: 1) El cambio y la permanencia en la liturgia; 2) El lugar que la liturgia tiene en la vida cristiana y sus consecuencias en ella; 3) La participación activa como clave de la reforma y de la naturaleza de la liturgia; 4) El misterio pascual como misterio encarnado; y finalmente 5) El sujeto divino-humano que actúa sinérgicamente de la liturgia.

Palabras clave: Sacrosanctum Concilium, Vaticano II, Liturgia, celebración cristiana.

Abstract

As a prelude to the 50th anniversary of the Constitution on the Sacred Liturgy of Vatican II, *Sacrosanctum Concilium* (December 4, 1963), the author reflects on some issues of substance, based on his personal conviction that reformed liturgy has exerted a positive force on the Church. The occasion is set by the atmosphere of interest

¹ Doctor en Sagrada Liturgia. Director de estudios y profesor del Seminario Metropolitano de Concepción. Profesor de Sacramentos y Liturgia en el Instituto de Teología de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Correo: g.rosas@sscc.cl

and discussion perceived in recent years around the liturgy. The author tries to reach the foundations involved –on both the theological and human level– in the questions and discussions about liturgy, and looks for insights to overcome the opposing views. These foundations are: 1) Change and permanence in liturgy, 2) The place and consequences of liturgy in Christian life, 3) Active participation as the key to the reform and nature of liturgy; 4) The Paschal mystery as incarnate mystery, and finally 5) The divine-human subject who acts synergistically with liturgy.

Keywords: Sacrosanctum Concilium, Vatican II, liturgy, Christian celebration.

El 3 de diciembre de 1963 los padres del Concilio Vaticano II ofrecieron a una Iglesia llena de expectación su primer fruto: la Constitución “*Sacrosanctum Concilium*” sobre la Sagrada Liturgia. Dentro de un año, en diciembre de 2013, este documento y los profundos cambios que desencadenó en la liturgia de la Iglesia latina cumplirá medio siglo. Por todo el mundo se ha comenzado ya a preparar el significativo aniversario con eventos y publicaciones conmemorativos de este determinante fruto del magisterio conciliar.

Mucho ha acontecido con el rito romano en estos últimos 49 años. *Sacrosanctum Concilium* –y la reforma que desencadenó– estableció un cambio notorio, generalizado y fecundo en la liturgia de todas las iglesias de rito romano. Es sabido, sin embargo, que los grandes cambios litúrgicos impulsados por el Concilio Vaticano II no habrían sido posibles sin el aporte teológico del Movimiento litúrgico y la rica experiencia renovadora del culto católico que caracterizó la primera mitad del siglo XX, particularmente en Europa. Pero más atrás aún, el primer impulso renovador fue dado en el siglo XIX por personajes como el benedictino Prosper Guéranger, de la Abadía de Solesmes, por algunos monjes de la Abadía de Beuron y por otros movimientos y congresos. Todo ese proceso renovador cristalizó primero en la Encíclica “*Mediator Dei*”, del Papa Pío XII (20 noviembre 1947), la primera carta encíclica dedicada enteramente a la liturgia en la historia del papado; en la reforma de la Semana Santa realizada por el mismo Pío XII (16 noviembre 1955); y, pocos años más tarde, en la amplia reforma del Concilio Vaticano II. Se trata, por lo tanto, del desarrollo de un siglo hasta el Vaticano II, y de ya casi medio siglo hasta nuestros días, en el contexto de una humanidad y de una Iglesia que cambian con una rapidez e intensidad impensables en el pasado.

Sería muy bueno que los 50 años de *Sacrosanctum Concilium* ayudaran a mirar desde una perspectiva objetiva y desapasionada el camino que nuestra liturgia ha recorrido desde el emblemático Congreso de Malinas (Bélgica) en 1909, pasando por los grandes nombres del Movimiento litúrgico (Beauduin, Casel, Guardini, etc.) hasta nuestros días. Pero no sería realista pretender que este aniversario ignorara las diferencias de apreciación que siguen existiendo en la Iglesia sobre la liturgia, y ciertas tensiones que de ellas derivan.

Estoy convencido de que la importancia y hermosura de la liturgia merecen una mirada más atenta al *sentido* que ella tiene para el Pueblo de Dios que a la extenuante insistencia en la fidelidad a las rúbricas, que sólo la empequeñece y rutiniza. Una primera mirada global muestra que la liturgia reformada por el Concilio Vaticano II ha ejercido una extraordinaria fuerza positiva en la Iglesia², particularmente en nuestra Iglesia de América Latina, y de ninguna manera puede ser acusada de ser responsable de la crisis eclesial, como acusan algunas voces europeas. La liturgia no precede la fe, sino que la supone. Allí donde el problema sea la fe, sin duda la liturgia también se tornará problemática.

Sin pretender forzar juicios que la sabia historia puede establecer con mucho mayor claridad, este artículo quiere aportar a la reflexión acerca de algunos temas fundamentales de la liturgia que hoy, a casi cincuenta años de *Sacrosanctum Concilium*, están en la base del interés, la discusión y las tensiones que la liturgia reformada por el Vaticano II sigue suscitando en la Iglesia. Mi convicción de fondo es que nuestra liturgia actual, a pesar de su necesidad de reforma permanente, ha ejercido y sigue ejerciendo una fuerza extraordinariamente positiva en la vida de la Iglesia, y que ello confirma plenamente la intuición reformadora del Concilio y de los teólogos y liturgistas que desde mucho antes estudiaron y celebraron el misterio pascual, soñando cambios que eran indispensables para nuestro tiempo.

² La expresión “fuerza positiva de la liturgia del Vaticano II”, que he usado también para titular este artículo, hace eco al título del libro de A. DAMBLON, *Romper el duro suelo. La fuerza positiva de la liturgia posconciliar*, Echter Verlag, Würzburg 2010. Citado en su original alemán en la Bibliografía.

1. La liturgia, entre el cambio y la permanencia

Uno de los temas de fondo que revela diferencias en los últimos tiempos es el de “cuánto” puede y debe cambiar la liturgia para adaptarse a cada época y cultura. Es decir, el problema de la evolución de la liturgia a lo largo de los siglos. En la Iglesia parecen convivir visiones contrapuestas sobre este punto, que se hacen visibles en dos juicios extremos sobre el camino de la liturgia posconciliar. El primero afirma que la Iglesia ha perdido una gran oportunidad de reformar a fondo la liturgia, mucho más de lo que hicieron los padres conciliares, *Sacrosanctum Concilium* y las Instrucciones para su correcta aplicación; el segundo, al contrario, piensa que la reforma del Vaticano II tiene aspectos inaceptables y dio pie a todo tipo de excesos en la liturgia de la Iglesia; de paso, sería culpable de la crisis eclesial en las Iglesias centroeuropeas. Éste tiene una visión más estática y absoluta de la liturgia, y aquél una más dinámica y relativa. Entre estos bordes extremos se desarrolla una rica y variada vida y reflexión litúrgica.

Hay que partir tomado en serio los hechos de la historia de la liturgia cristiana: ella ha cambiado desde el inicio, siempre, y seguirá cambiando mientras sea expresión de una fe necesariamente encarnada en las culturas, las sociedades, los espacios y los tiempos humanos que por naturaleza son cambiantes. Incluso en los períodos considerados más estáticos de la historia, la liturgia ha evolucionado. Por eso, y sobre todo en el mundo de cambios acelerados que vivimos, no podemos esperar que la liturgia permanezca estática, ni menos forzarla al inmovilismo. Es imposible que una realidad tan viva, tan frecuentemente practicada y tan masiva no vaya a la par ni se deje moldear de algún modo por el conjunto de la vida eclesial, por sus grandes logros, desafíos y problemas. Y, desde luego, la velocidad o ritmo de este cambio no puede ser establecida a priori: depende de la dinámica interna propia de los procesos de los contextos culturales y eclesiales en los que la liturgia es celebrada.

Me parece evidente lo que afirma el liturgista P. Ephrem Carr, osb, Director del Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo, de Roma: “Los textos y las rúbricas de los ritos que celebramos son productos humanos imperfectos, a pesar que estén al servicio de una acción sagrada que es sinergia entre lo divino y lo humano. El esfuerzo de algunos por vestir las formas y

oraciones litúrgicas de una inviolabilidad análoga a la de la Sagrada Escritura es exagerado y está fuera de lugar”³.

Esto, obviamente, no significa que las formas en la liturgia no tengan o no deban tener una cierta estabilidad, que es propia de la naturaleza de toda acción ritual. Sin un mínimo de estabilidad, de permanencia en el tiempo, en la historia personal de cada creyente y grupal de cada comunidad eclesial, no podría haber auténtica liturgia, porque es inherente al mundo ritual la fijación y repetición de determinados gestos y palabras. Por lo demás, el contenido teológico de la liturgia es permanente, aunque también ha sido objeto de una progresiva explicitación y profundización, tarea que realizó con frutos extraordinariamente positivos el Movimiento litúrgico del siglo XX. La liturgia está permanentemente adecuando su “parte inmutable” (¡a ratos nada fácil de precisar!) y aquella mutable, que cada época y cultura renueva constantemente.

Así, en la evolución de la liturgia se dan dos movimientos que parecen contrarios: el del surgimiento, identificación y fijación de elementos rituales, y el del cambio y hasta desaparición de los mismos. Este proceso es permanente, pero sólo a veces cristaliza en acciones reformadoras más amplias y estructuradas, como la mencionada reforma de la Semana santa o la gran reforma del Vaticano II. Dada la importancia de lo ritual en la vida humana, y particularmente de la familiaridad que los creyentes adquieren con las formas celebrativas que conocen desde siempre, este proceso no está exento de tensiones y puede llegar a suscitar apreciaciones diversas, llegando incluso al rechazo del cambio. Es lo que muy claramente sucedió con el arzobispo Lefebvre y la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, y quienes hasta hoy critican y condenan la liturgia reformada.

Sin la convicción de que *el cambio es tan inherente a la liturgia como su permanencia*, no es posible tener una mirada objetiva y serena sobre su evolución. Mientras no esté en juego lo esencial, es necesario que en torno a los legítimos cambios en la liturgia haya tolerancia, pluralismo y coexistencia. Nunca es sano hacer de la liturgia un campo de batalla⁴.

³ *Ecclesia Orans* (enero-abril 2004) 4.

⁴ Cf., *Ibíd.*

El Papa Benedicto XVI, en su obra “El Espíritu de la Liturgia”⁵, destaca frecuentemente ese carácter evolutivo del culto cristiano. Hace pocos meses lo ha recordado en sus palabras a los participantes en un congreso de Liturgia en Roma: “La liturgia, (...) vive de una relación constante y correcta entre sana «traditio» y legítima «progressio», claramente manifestada por la Constitución conciliar *Sacrosanctum concilium* en el n. 23. (...) No pocas veces se contraponen equivocadamente tradición y progreso. En realidad, los dos conceptos se integran: la tradición es una realidad viva, incluye por tanto, en sí misma, el principio del desarrollo, del progreso”⁶.

Lo había recordado, asimismo, en el año 2007, cuando amplió las posibilidades de celebrar la eucaristía según la “forma extraordinaria” del Misal de 1962⁷: “En la historia de la Liturgia hay crecimiento y progreso, pero ninguna ruptura. Lo que para las generaciones anteriores era sagrado, también para nosotros permanece sagrado y grande y no puede ser improvisadamente totalmente prohibido o incluso perjudicial. Nos hace bien a todos conservar las riquezas que han crecido en la fe y en la oración de la Iglesia y de darles el justo puesto”⁸.

Es claro que tradición y progreso no son valores contrarios; sin embargo, en el esfuerzo de cambio de una forma litúrgica, a menudo no son nada fáciles de armonizar. La inercia propia de la naturaleza de lo ritual, el arraigo psicológico y cultural que adquieren ciertas formas litúrgicas, y otros factores teológicos e incluso ideológicos, hacen que a veces los cambios susciten una gran resistencia, como de hecho sucedió con la liturgia del Vaticano II para el arzobispo Lefebvre y sus seguidores.

Es menos claro, sin embargo, que se deba conservar todo lo anterior cuando se produce un cambio en la liturgia. No se puede sumar siempre, sin que haya al menos un grado de sustitución o renovación. La misma vida de las comunidades va dejando atrás de modo natural aquellas formas de celebrar que ya no responden hoy a su cultura, como efectivamente ha sucedido con el rito romano a lo largo de la historia. Vivir de la nostalgia de

⁵ J. RATZINGER, *El Espíritu de la Liturgia. Una Introducción*, Cristiandad, Madrid 2007.

⁶ BENEDICTO XVI a los miembros del Congreso Internacional de Liturgia organizado por el Pontificio Instituto Litúrgico Sant’Anselmo, Roma, 6 de mayo de 2011.

⁷ Cf., BENEDICTO XVI, Motu proprio *Summorum pontificum*, 7 julio 2007.

⁸ BENEDICTO XVI, *Carta a los obispos* que acompaña al Motu proprio *Summorum pontificum*, sobre el uso de la liturgia romana anterior a la reforma efectuada en 1970.

formas del pasado manifiesta un miedo o una incapacidad de responder en el presente a la permanente necesidad de celebrar la fe en y desde nuestra riqueza multicultural. Pero hacer esto último no significa despreciar la rica tradición y sus tesoros literarios, artísticos y rituales, sino asumirlos creativamente en una liturgia que nunca puede perder su raigambre evangélica y en mejor sentido, “tradicional”.

2. La liturgia en el dinamismo vital de la Iglesia

Una segunda cuestión que a menudo subyace en discusiones sobre la liturgia es el lugar que ella ocupa en la vida de la Iglesia. Para abordarla es útil recordar que la liturgia es –mucho más que una actividad– una *dimensión* irrenunciable de la vida creyente: la de la celebración de la fe. Supone, como se ha dicho, la fe del creyente. Evidentemente puede también suscitarla y sobre todo fortalecerla, pero de suyo es una dimensión posterior al anuncio y la aceptación del mensaje cristiano⁹.

La liturgia es la dimensión dialogal de glorificación del Dios trino y de santificación de los fieles, celebrada con ritos y oraciones por la asamblea creyente que constituye el Cuerpo místico de Cristo. Es la instancia de la vida creyente en la que el misterio pascual de Cristo, centro de la historia de la salvación, es actualizado para renovar en la Iglesia su fuerza liberadora y nutriente. Es ese “momento de la historia de la salvación”¹⁰ que concentra de manera propia y con un lenguaje simbólico, la relación vivificante con Dios, fuente de la vida.

La liturgia no agota la enorme variedad y riqueza de la vida de la Iglesia,¹¹ sino que constituye la “cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo fuente de donde mana toda su fuerza”¹². Supone, por lo tanto, y en ningún caso sustituye, la vida y la misión cotidiana de la Iglesia: esa misión de sus miembros y comunidades que, día a día, se empeñan

⁹ Cf., *Sacrosanctum Concilium* 9, del 4 de diciembre de 1963.

¹⁰ Según la notable comprensión teológica de la liturgia acuñada por: SALVATORE MARSILI OSB, Cf. voces “Liturgia” y “Teología litúrgica”, en: D. SARTORE - A.M. TRIACCA (DIRS.), *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Paulinas, Madrid 1987, 1162 y 1961 respectivamente.

¹¹ Cf., *Sacrosanctum Concilium* 9.

¹² *Sacrosanctum Concilium* 10.

en transformar el mundo –todos los pueblos, culturas, ambientes– desde el Evangelio, testimoniando de obra y de palabra los valores del Reino, enseñando, catequizando, acompañando, consolando y sanando.

La liturgia no se superpone como una mera actividad más al conjunto de la vida de la Iglesia, sino que constituye el tiempo y el espacio del retorno al sentido, a la raíz nutriente y vivificante de la vida del creyente individual y de las comunidades eclesiales. Es la instancia de adoración a Dios (*culto*) que pone en su justa relación a la creatura con su Creador y al discípulo con su Maestro, permitiéndole renovarse, redireccionar la vida y la misión, al beber en la liturgia la savia vital del proyecto divino. Ella es la *cumbre* a la cual el creyente llega con toda su vida vivida, para ofrecerla a Dios como fruto de su fe y de su compromiso de cada día; y es la *f fuente* de la cual bebe el agua que le da fuerza para regresar a esa vida y por ella seguir caminando como discípulo de Jesucristo.

La instancia propiamente celebrativa de la liturgia es sólo su parte visible; pero la actualización del misterio pascual de Cristo, con la que el creyente entra en contacto vivo en la celebración litúrgica, muy especialmente en la eucaristía, no se restringe al momento celebrativo-ritual, sino que permanece en toda la extensión de la vida creyente. Cristo muere sacramentalmente no sólo en la celebración de la eucaristía; también muere en cada hermano que sufre, en cada crucificado y marginado de hoy y de aquí, en el pecado y la violencia de la humanidad. Su resurrección no sólo la celebramos ritualmente, en la metahistoricidad del misterio pascual presente, sino que también la admiramos en la vida concreta y temporal que Dios suscita y restaura, por medio de nosotros, en el mundo.

La instancia propiamente celebrativa no agota la liturgia. La vida entera se presenta como el culto agradable a Dios cuando se esfuerza por vivir coherentemente el Evangelio de Jesús. Con palabras del Papa Benedicto XVI, “la vida conforme a la voluntad de Dios constituye una parte imprescindible de la adoración verdadera”¹³.

Esta constatación hunde sus raíces en uno de los temas más agudos de la crítica profética veterotestamentaria: el de un culto celebrado en su forma ritual pero negado en la vida cotidiana, como lo expresa la síntesis del profeta Oseas: “Quiero amor, no sacrificios” (Os 6,6). Esta crítica profética

¹³ J. RATZINGER, *El Espíritu de la Liturgia*, o.c., 56.

fue recogida por Jesús: “Si mientras llevas tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja la ofrenda delante del altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y después vuelve a llevar tu ofrenda” (Mt 5, 23s). El culto que el creyente rinde a Dios tiene que ser coherente con la totalidad de su vida. Hacer la voluntad de Dios es la primera misión del cristiano; ello es refrendado en la adoración a Dios que realiza, como miembro del Cuerpo místico de Cristo, en la instancia celebrativa que es la liturgia.

En este sentido la crítica profética al culto constituye un desafío permanente para cada cristiano y para la Iglesia entera, urgiendo a la “coherencia eucarística” (que se puede ampliar a “coherencia litúrgica”) de la que el Papa Benedicto habla en *Sacramentum caritatis*¹⁴: “*Es importante notar lo que los Padres sinodales han denominado coherencia eucarística, a la cual está llamada objetivamente nuestra vida. En efecto, el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado, sin consecuencias en nuestras relaciones sociales: al contrario, exige el testimonio público de la propia fe*”.

La historia de la liturgia revela con mucha evidencia desviaciones en este sentido: ya el Movimiento litúrgico se empeñó en superar el ritualismo, el juridicismo y el esteticismo que habían invadido ciertas prácticas litúrgicas del pasado. Como se trata de tentaciones a las que estamos permanentemente expuestos, es bueno renovar constantemente aquella coherencia entre todas las dimensiones de la vida cristiana, e impedir así vivir la liturgia como un mero rito exterior, privado de coherencia con el resto de la vida de fe.

En los últimos años nos ha golpeado la terrible realidad de los abusos sexuales en la Iglesia, cometidos en buena parte por sacerdotes. Cuesta aceptar la dolorosa y grave incoherencia que ese pecado, oculto durante años en muchos casos, representa de cara a la celebración y presidencia frecuente de la eucaristía. Algunos ministros que públicamente e *in persona Christi* ofrecieran y consagraran el Cuerpo y la Sangre del Señor, ocultamente se sirvieron y denigraron los cuerpos de hermanos y hermanas

¹⁴ BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 2 febrero de 2007, 83.

inocentes. Con justa razón el Papa ha juzgado con inusual severidad esta incoherencia que tanto mal ha hecho a la Iglesia. Su juicio se yergue como un ejemplo concreto de la necesidad de buscar siempre en la Iglesia, tanto los ministros como los fieles, la coherencia entre la liturgia que celebran con todas las demás dimensiones de su vida cristiana. No basta con buscar la conocida armonía *lex orandi-lex credendi*: es necesario ampliarla a *lex orandi-lex credendi-lex vivendi*, según la expresión del ya fallecido liturgista italiano Achille M. Triacca sdb.

3. La *participatio actuosa*, clave de la liturgia posconciliar

Un tercer tema que ha estado presente en el trasfondo de muchos debates litúrgicos es el de la *participatio actuosa* –participación activa– que fue la clave de la reforma litúrgica que propuso el Concilio Vaticano II. En realidad, ya desde la misma génesis del Movimiento litúrgico esta expresión, que fue tomada por el benedictino Lambert Beauduin del Papa Pío X¹⁵, se halla como fundamento del trabajo de reforma. Es propio de la naturaleza del culto cristiano ser una acción *comunitaria* en la que toda la asamblea participa ejerciendo el sacerdocio bautismal –cada uno según su condición y ministerio. La participación activa de toda la asamblea se había ido reduciendo paulatinamente hasta llegar a ser casi nula. Por eso no extraña que en el origen del Movimiento litúrgico, que fue el *humus* teológico de la reforma litúrgica, esté precisamente el imperativo de recuperarla. El Concilio Vaticano II dirá con claridad: “La plena y activa participación de todo el pueblo en la sagrada liturgia es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano”¹⁶.

Pero, ¿qué se entiende, más precisamente, por participación activa? El Papa Benedicto XVI afirma que esta expresión se ha interpretado a veces de forma equivocada, reduciéndola a su sentido exterior: “a la necesidad de una actuación general, como si se tratase de poner en acción al mayor número posible de personas, y con la mayor frecuencia posible”¹⁷. De allí se

¹⁵ El Papa Pío X usó esa expresión en el Motu proprio *Tra le sollecitudini*, sobre la renovación de la música sagrada, promulgado el 22 de noviembre de 1903.

¹⁶ *Sacrosanctum Concilium* 14.

¹⁷ J. RATZINGER, *El Espíritu de la Liturgia*, o.c., 213.

han derivado hábitos como el de asambleas que dicen junto al celebrante la doxología final de la Plegaria eucarística: “Por Cristo, con Él y en Él...”, y otras similares. Es indudable que la participación activa, tan olvidada e impedida por la liturgia antes de la reforma, puede haber sido malinterpretada y reducida, aquí o allá, a su sentido exterior. Pero no es algo frecuente ni mucho menos generalizado. Es claro que el Papa no cuestiona la *participatio actiosa* en sí misma, que es característica de la liturgia cristiana desde sus orígenes y se ha manifestado como un logro fundamental para la espiritualidad litúrgica de la Iglesia contemporánea.

La participación activa es la adhesión personal, interior y exterior, del creyente al contenido y la forma de lo que se celebra; un “vibrar con” el misterio actualizado en el rito, en una actitud de oración y diálogo fecundo con el Señor por medio de las palabras, cantos y gestos de la acción litúrgica. Toca el meollo del auténtico sentido de la participación la recomendación que San Benito da a sus monjes para recitar los salmos en el oficio divino: procurar que la mente o el corazón concuerde, vibre al unísono, con la voz (“*mens concordet voci*”). Sin poner el corazón en las palabras que escuchamos o decimos durante la celebración, no hay participación verdadera. Pero, como queda implicado, itampoco sin decir (y comprender) las palabras!

Ciertamente, un enfermo postrado, impedido de estar físicamente en una celebración litúrgica, puede “participar” en ella cuando ve y escucha una misa por televisión. Lo hará interiormente, impedido como está de expresar esa participación con palabras y gestos en medio de una comunidad. Pero lo normal será que la participación interior de los fieles se exprese también en una participación exterior, corporal (vocal, gestual) de cada miembro de la asamblea celebrativa. Esa participación total, interior y exterior, expresa de modo mucho más claro que el sujeto de la liturgia es el Cuerpo místico de Cristo, en el que todos sus miembros, unidos a su Cabeza, glorifican a Dios.

La participación interior siempre ha sido un supuesto del culto cristiano. Sin ella, que expresa la disposición del corazón de los fieles a recibir de Dios la gracia regalada en los sacramentos, no podría haber auténtica liturgia, ya que ella es actualización del misterio pascual para dar frutos. No es espectáculo ni recuerdo, sino precisamente una acción que hace actual y presente la fuerza salvífica del misterio celebrado. La participación

activa en su expresión exterior, corporal, constituye uno de los logros más característicos y beneficiosos de la liturgia reformada. La comprensión de la lengua, los diálogos rituales, la inclusión de variados roles y ministerios litúrgicos en el curso de la celebración, la posibilidad de que los mismos fieles expresen su oración, son ejemplos de este paso dado por la reforma litúrgica. El rito de la paz es otro ejemplo decidor: introducido por la reforma conciliar en la celebración eucarística, es un gesto que permite expresar, por medio del saludo ritual a los vecinos, el sentido de una comunidad que celebra unida y anhela la paz universal. En Chile la experiencia muestra que en general hay una buena comprensión de la participación activa, aunque en algunas asambleas sea más bien deficitaria que abundante. Otras culturas, naturalmente más expresivas corporalmente, tienen formas de participación exterior que se extienden incluso a la danza ritual, la que puede ser de gran hermosura y hondo sentido litúrgico.

Uno de los grandes logros de la reforma litúrgica, directamente relacionado con la *participatio actiosa*, es el uso de las lenguas vernáculas. A quienes éramos demasiado jóvenes en tiempos del Concilio nos cuesta imaginar el vuelco que esto significó para la vivencia concreta de la liturgia en el pueblo fiel. Personalmente, tengo un recuerdo muy vago, pero real, de unas misas en latín durante las misiones que se hacían en un sector campesino de la zona central de Chile, donde veraneábamos con mi familia. Era evidente que en ese contexto social, de campesinos y temporeros, nadie excepto el señor cura entendía lo que se leía. Al misterio teológico que envuelve siempre lo ritual se unía entonces el misterio cultural de no entender la lengua en la cual se decían las preciosas palabras del formulario de la misa, de la Plegaria eucarística, etc.

Después del Concilio la inmensa mayoría de los católicos recibió con profunda gratitud y alegría esta renovación que le abría las puertas a una participación interior nunca antes experimentada: la de escuchar, por así decirlo, hablar a Dios en su propia lengua. Desde ahora la misa ya no era sólo “cosa del cura” sino de una asamblea que entendía y “se entendía”. Cuatro siglos de relativa inmovilidad en el rito romano terminaban así con el Concilio Vaticano II. La resistencia que halló esta “novedad”, y todas las demás que impulsó la reforma litúrgica en algunos católicos, puede entenderse precisamente por el largo tiempo que la liturgia tridentina tuvo para asentarse profundamente en la formación individual, en la cultura católica

y en la vida de la Iglesia, con una identidad que, además, tuvo en sus inicios un fuerte carácter antiprotestante y triunfalista.

La experiencia de más de tres años de retorno a la aceptación de la “forma extraordinaria”¹⁸ sin que aumente significativamente el número de sus adherentes¹⁹, muestra que la participación activa es clave en la liturgia: es parte de su naturaleza. La liturgia no es una representación para ser vista, oída y admirada sin comprender, sino un encuentro de una asamblea que alaba a su Dios para que Dios vuelva a hablarle y darle fuerza. Desde luego, en dicha celebración Dios le habla en su propia lengua y el rito se hace comprensible, como paso más elemental de la participación en el mismo. A pesar de no contar con una certeza filmográfica que lo compruebe, parece impensable que Jesús, en la Cena antes de morir, momento institucional de nuestra Eucaristía, se hubiera expresado en otra lengua que la que sus apóstoles comprendían y usaban cotidianamente, es decir el arameo. En los primeros siglos de la Iglesia la liturgia se celebró en griego, lengua popular del Imperio romano antes que el latín comenzara a sustituirlo. Cuando lo hubo hecho, la liturgia de las iglesias occidentales se comenzó a celebrar en latín, en torno a inicios del siglo IV. La época de la “liturgia romana clásica” (siglos V-VII) fraguó para la posteridad una extraordinaria liturgia latina profundamente estudiada en los últimos siglos y modelo, en varios aspectos, de la liturgia reformada del Vaticano II. Dicha liturgia era comprendida por el pueblo y, por ende, participativa.

Desde luego, la participación es más que la lengua. Pero el retorno al uso de las lenguas vernáculas es un logro que regaló a la liturgia un brillo perdido, pues es por medio del genio cultural propio de cada pueblo que la celebración litúrgica vehicula lo esencial: la relación viva y actual con el misterio pascual de Cristo. Ese misterio tiene un fondo que siempre permanecerá incomprensible porque es de Dios; pero si no se hace comprensible para el cristiano, si no lo implica por medio de sus propias características psíquicas y culturales, no podrá ser eficaz en su vida.

¹⁸ Es decir, la Misa según el Misal del Concilio de Trento, que tuvo una última versión, reformada, durante el Pontificado de Juan XXIII, en 1962, poco antes de la reforma litúrgica conciliar que ordenó la revisión profunda del Misal tridentino y llevó a un nuevo Misal, el de 1970.

¹⁹ Es el caso en Francia, Alemania y España, según información muy reciente. Mi experiencia personal me permite afirmar lo mismo para Chile.

4. El Misterio pascual, misterio encarnado

Un cuarto punto que a mi juicio está presente en el trasfondo de la problemática litúrgica actual es el valor que se da al carácter “encarnado” del culto cristiano. La impresión que a veces se tiene es que se reduce la liturgia a un ámbito de sacralidad que no es la propia del cristianismo, como si Dios y todo lo divino no estuviera profundamente imbricado y comprometido con lo humano, creación suya definitivamente dignificada por la encarnación del Verbo.

La encarnación de Dios es, en realidad, fundamental para comprender la liturgia cristiana. La historia enseña que además de la Pascua, que fue desde el inicio el centro del ciclo litúrgico anual, ya en siglo IV se comenzó a celebrar como segunda gran festividad del año el nacimiento de Cristo. Hoy constituye el segundo foco en torno al cual gira la espiral del año litúrgico. La importancia de esto no es sólo celebrativa o catequética; es teológica. Las grandes controversias cristológicas de los primeros siglos dieron por resultado la formulación de la fe en Jesucristo plenamente Dios y plenamente hombre, tal como la proclamamos en los Credos. El alcance teológico de la humanidad de Jesucristo es vasto en consecuencias, también para la liturgia. Sin una articulación adecuada entre el misterio pascual y el misterio de la encarnación, la liturgia corre el peligro de “des-encarnarse”, de perder su carácter profundamente ligado no sólo a la humanidad de Cristo, que celebró el culto de su pueblo e instituyó signos para el “nuevo Pueblo de Dios” que se constituiría a partir de su resurrección, sino a la humanidad de ese nuevo pueblo que desde entonces y hasta la Parusía celebra la eucaristía y toda la liturgia “en memoria suya”.

La forma de revelarse y de actuar de Dios es en y a través de lo creado, muy especialmente lo humano. Lo humano es, para la liturgia, hecha como está de ritos y oraciones, de signos y gestos, el cauce natural a través del cual se expresa la alabanza y adoración a Dios, la gratitud y la súplica, el perdón y la esperanza. En los creyentes, su fe hace que lo humano está atravesado de Dios y animado por el Espíritu Santo, y está coloreado por las culturas propias. Para juzgar si un determinado gesto o palabra es adecuado o no en la liturgia hay que conocer la cultura de quienes lo usan en la celebración y, más aún, el dinamismo que hace que esa misma cultura cambie a través del tiempo.

La liturgia es la expresión cultural de creyentes que están determinados (e incluso limitados) por sus específicas circunstancias espacio-temporales y culturales. Ellas constituyen parte de su naturaleza individual y social, de modo que, quiéranlo o no, estén conscientes o no de ello, celebrarán su fe de acuerdo a tales determinaciones. Aunque la Iglesia cuente con rituales comunes, en nuestro caso, aprobados para todas las iglesias de rito romano, la puesta en celebración del ritual estará inevitablemente coloreada por la cultura de la asamblea celebrante. Todos tenemos experiencia de lo distinta que puede ser la misma misa dominical celebrada en la Catedral por el obispo, en un templo parroquial, en un grupo de jóvenes estudiantes, en un Hogar de ancianos o en un campamento scout. El mismo Misal adquiere tonalidades muy diversas en cada caso, aunque buena parte de la celebración se hace con el mismo texto escrito y los mismos signos y gestos. Así, cuando un mismo ritual adquiere vida en asambleas distintas y con personas distintas, resultan celebraciones que, estando en comunión profunda y celebrando con los mismos ritos y oraciones, son muy diversas entre sí y expresan personalidades, culturas y circunstancias distintas.

Esto, lejos de extrañarnos o de interpretarlo como una falta de unidad de la Iglesia, es sencillamente la expresión de una fe celebrada que se encarna en la inagotable diversidad y riqueza de la humanidad. La verdadera comunión no se juega esencialmente en la uniformidad de ritos y oraciones, sino en la unidad de la fe que está supuesta en la celebración litúrgica y asegurada por la acción del Espíritu Santo, que en Pentecostés hizo que gente “de todas las naciones” se entendiesen como en su lengua materna (Hch 2). En la propia Iglesia Católica hay ritos diversos que no afectan su unidad profunda: el rito romano coexiste con el ambrosiano, con el hispano-mozárabe y con los ritos orientales que usan las comunidades ortodoxas que están en comunión con el romano pontífice. Y al interior de cada rito existen las diferencias propias de la “puesta en acto” del ritual, como las que ya he mencionado, debidas a las particularidades propias de las asambleas o quienes las presiden.

La necesidad de tener rituales comunes, en particular un Misal común, que se justifica plenamente como expresión de comunión en una Iglesia tan vasta como la nuestra, garantizando así la armonía de la “lex orandi-lex credendi”, y también, como facilitación de la acción cultural concreta, no podría transformarse en un pretexto para uniformar, contra la legítima

diversidad de las iglesias y comunidades, lo que no es culturalmente uniformable sin comprometer o incluso dañar la natural forma de ser y de expresarse de un pueblo. La liturgia rígidamente uniformada para todas las iglesias locales, sin sensibilidad cultural y sin conciencia del dinamismo teológico encarnacional de la fe cristiana, no ha pasado la prueba de la historia. Ha menospreciado la encarnación como dinamismo inherente al proyecto salvífico de Dios y olvidado, de paso, la acción del Espíritu Santo como aquella fuerza divina que mantiene unida a la Iglesia en su diversidad de ritos, lenguas y expresiones culturales.

El rito romano no puede renunciar a transmitir y defender un núcleo ritual que le da su identidad y genera la comunión visible de todos los creyentes (lo permanente, “la unidad sustancial del rito romano” que no es fácil determinar con fronteras precisas), pero tampoco debe renunciar a saberse celebrado por creyentes y comunidades que tienen culturas diversas y por ende modos de expresión, lingüísticos, gestuales y estéticos variados, por medio de los cuales tiene derecho a celebrar su fe (lo variable o sujeto a cambio). El problema radica en determinar ese núcleo invariable y permanente y los límites fuera de los cuales sería posible inculturarlo. De hecho, hoy se habla más de adaptaciones del rito romano a la realidad de cada asamblea, que propiamente de inculturación del rito. Se trata de un tema complejo que desborda los límites de estas reflexiones. Lo que es clave es que el Magisterio no sólo asegure la identidad del rito, sino también y sobre todo, las posibilidades de celebrarlo en la diversidad cultural de las asambleas. Tal diversidad es propia de lo humano y de la naturaleza del Cuerpo de la Iglesia que, siendo uno, tiene muchos miembros diversos. La unidad en la diversidad es, en definitiva, obra del Espíritu Santo.

La inculturación de la liturgia es un tema siempre presente en las iglesias del continente y está, desde luego, estrechamente relacionado con el dinamismo encarnacional de la fe cristiana. La postura magisterial sobre la inculturación de la liturgia ha sido fijada en la Instrucción *Varietates legitimae*,²⁰ que en la práctica deja un espacio muy restringido a la adaptación de los ritos a las diversas culturas. La última Instrucción sobre la liturgia,

²⁰ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Varietates legitimae*, Cuarta Instrucción para la recta aplicación de la Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II, 29 de marzo 1994.

*Liturgiam authenticam*²¹, también toca de lleno el ámbito de la inculturación, ya que aborda el complicado asunto de la traducción de los textos de la *editio typica* de los rituales, que están en latín, a las lenguas vernáculas. Dicha Instrucción ha suscitado en algunos medios serias dificultades al ponerla en práctica para la traducción de las nuevas ediciones típicas latinas, y ha dado a muchos liturgistas la impresión de un retroceso en los criterios de traducción que guiaron la reforma litúrgica del Vaticano II.

No sólo la lengua es materia de inculturación en la liturgia, aunque como muchos dicen es la primera y más importante de todas. También la rica expresión celebrativa popular, tan importante para los pueblos de América Latina y revalorizada como tal por la última Asamblea del Episcopado latinoamericano en Aparecida, es un factor que desafía a la liturgia a su inclusión en determinados casos. Al respecto, es interesante leer lo que el Papa Benedicto XVI recuerda sobre la liturgia de La Tirana (Diócesis de Iquique), en su libro “El Espíritu de la Liturgia”, donde opina con sensibilidad cultural sobre la presencia del baile religioso asociado a la acción litúrgica, como se ha hecho cada vez más frecuente e importante en los santuarios marianos como expresión festiva y devocional que acompaña y conecta la liturgia de la Virgen con el profundo sentido popular de veneración mariana.

Dice el Papa: “En el norte de Chile, una vez, tuve la ocasión de asistir a un oficio mariano en un pequeño santuario en medio del desierto, al que después siguió una danza al aire libre en honor a la Virgen, cuyas máscaras me parecían más bien temibles. Seguramente en el origen de esta danza había tradiciones precolombinas antiquísimas. Lo que en su día pudo estar marcado por una seriedad terrorífica a la vista del poder de los dioses, quedaba ahora liberado, se había convertido en veneración a la humilde mujer a la que le ha sido concedido llamarse Madre de Dios y que es el fundamento de nuestra esperanza. Otra cosa distinta es que, tras la liturgia, la alegría allí experimentada se convierta en una fiesta “mundana” que se expresa en la comida y el baile común, sin por ello perder de vista el motivo de la alegría que, al mismo tiempo, le da su medida y su razón de ser. Esta conexión

²¹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Liturgiam authenticam*, Quinta Instrucción para la recta aplicación de la Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II, 8 de mayo 2001.

entre liturgia y serena y alegre mundanidad (“Iglesia y taberna”) siempre ha sido considerada como típicamente católica y, de hecho, lo es”²².

Un poco más adelante el Papa reconoce que “la religiosidad popular es el *humus* sin el cual la liturgia no puede desarrollarse”²³.

5. El sujeto de la liturgia

Finalmente, como quinto punto, estrechamente relacionado con el anterior, deseo referirme a algunos aspectos del “sujeto”, del “quién” de la celebración. Al definir la liturgia como “el ejercicio del sacerdocio de Cristo”,²⁴ la teología litúrgica de la primera mitad del siglo XX, de la que el Concilio tomó esta definición, determinó también su sujeto: Cristo. Hay que entender: Cristo trinitario, que en esta etapa de la historia de la salvación vive glorioso con el Padre y cuyo Espíritu actúa en la humanidad como continuación de su presencia; Cristo total y místico, cuyo cuerpo está formado por todos los que creen en Él y del cual Él constituye la cabeza. El sujeto de la liturgia es, por lo tanto, Cristo cabeza y cuerpo, es decir la Iglesia entera, y en cada liturgia, es Él quien preside la asamblea concreta que representa a la Iglesia en su conjunto. Cabeza y cuerpo ejercen su sacerdocio, distinguido en la asamblea entre el sacerdocio ministerial, que asocia al ministro ordenado al propio Señor como signo de capitalidad, y el sacerdocio bautismal o común, que permite a todos los fieles participar plenamente de la acción cultural.

En este sentido, *la liturgia es una obra conjunta de Dios trino y del creyente*. Dios no es el único sujeto. La liturgia no es sólo obra de Dios ni, mucho menos, sólo del hombre, sino de ambos simultáneamente. La liturgia es obra de Dios y de la Iglesia y tiene a ambos por *único* sujeto dada la unidad del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia presidida por Él. El hecho de que sea Dios quien toma la iniciativa y quien da a la liturgia su fuerza salvífica, y el hecho de que *su* presencia y acción en la historia de la salvación constituyan el contenido del culto cristiano, no anulan la colaboración

²² J. RATZINGER, *El Espíritu de la Liturgia*, 243.

²³ *Ibidem*, 245.

²⁴ Cf., *Sacrosanctum Concilium* 7.

humana en la acción celebrativa, en la que los fieles glorifican a Dios y se abren interiormente al regalo de su gracia. Simplemente ponen dicha colaboración en su justa relación con la acción divina, es decir, la relativizan sin suprimirla ni minimizarla. En la liturgia, en efecto, Dios es glorificado (por la Iglesia celebrante) y los creyentes son santificados (por Dios), en un círculo dialogal esencial a la acción cultural cristiana en el que, hasta la irrupción definitiva del Señor, el Cuerpo de Cristo recibirá de su Cabeza el alimento para continuar su obra en la tierra y glorificará a Dios “hasta que Él vuelva”.

No sería, por lo tanto, adecuado decir que la liturgia es obra de Dios sin hacer referencia a lo que esa obra tiene de humana. Porque es propio de Dios el revelarse y actuar en la historia, es decir en y a través de lo creado. Lo humano es inada menos! que todo lo visible de la liturgia. Lo invisible en ella es obra de Dios. Lo humano en la liturgia, desde luego, puede expresar mejor o peor el misterio celebrado. También el misterio pascual de Cristo es un tesoro que la Iglesia lleva en vasijas de barro, de modo que puede ser que la extraordinaria importancia y belleza del contenido divino de la liturgia no siempre se exprese adecuadamente por los medios humanos y creados. Pero ello no los inhabilita para ser cauce del misterio divino, sino simplemente revelan la fragilidad de lo creado.

Menos adecuado aún sería considerar que la liturgia es obra humana sin tener en cuenta que su iniciativa y eficacia le viene sólo de Dios. Dios es el sujeto del contenido y de la gracia, el hombre de la forma y la actitud interior y exterior para celebrarla. Pero es precisamente en esa sinergia divino-humana, propia del dinamismo encarnacional y posibilitada por el Espíritu Santo, donde se revela la fuerza salvífica que Dios pone a disposición de su Pueblo a través de la liturgia, especialmente en los sacramentos. El sujeto divino-humano que ejerce el sacerdocio de Cristo en la liturgia garantiza, hasta el fin de los tiempos, que sus signos tan insignificantes sean portadores de una presencia, de una actualización y de una gracia que, como el Niño Jesús en el humilde pesebre, revelan permanentemente la omnipotencia de Dios en la fragilidad humana.

La fuerza positiva de la liturgia reformada por el Concilio Vaticano II, que continuará cambiando y reformándose hasta el advenimiento de la liturgia celestial plenamente celebrada por la humanidad redimida, se debe en buena parte a la renovada sinergia en la acción del Dios trino y la

iniciativa-respuesta de los creyentes en la celebración del misterio pascual de Cristo.

Bibliografía

- BASURKO, X., *Historia de la liturgia*, centre de pastoral litúrgica, Barcelona 2006.
- BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, del 2 de febrero de 2007.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Sacrosanctum Concilium sobre la sagrada liturgia*, del 4 de diciembre de 1963.
- CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Varietates legitimae*, Cuarta Instrucción para la recta aplicación de la constitución sobre la liturgia del Concilio Vaticano II, 29 de marzo 1994.
- CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Liturgiam authenticam*, Quinta Instrucción para la recta aplicación de la constitución sobre la liturgia del Concilio Vaticano II, 8 de mayo 2001.
- DAMBLON A., *Den harten boden aufbrechen. Die positive kraft der nachkonziliaren liturgie*, Echter verlag, würzburg 2010.
- PÍO X, Motu proprio *Tra le sollecitudini*, sobre la renovación de la música sagrada, promulgado el 22 de noviembre de 1903.
- RATZINGER, J., *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad, Madrid 2007.

Artículo recibido el 25 de noviembre de 2011

Artículo aprobado el 17 de enero de 2012